

CUÁN CARO CUESTA EL AMOR

Á LOS ANCIANOS

Hacia ocho días que Nucingen iba á regatear casi á diario la libertad de aquella á quien amaba, al entresuelo de la calle Neuve-Saint-Marc. Allí reinaba Asia entre los vestidos más hermosos llegados á esa fase horrible en que las ropas no son ya vestidos y no llegan tampoco á andrajos. El cuadro estaba en armonía con el rostro de aquella mujer, pues esas tiendas son una de las más siniestras particularidades de París. Se ve cachivaches que la muerte ha arrojado allí con su mano descarnada, y se oye la respiración de una tísica bajo un chal, así como se adivina la agonía de la miseria bajo un vestido rameado de oro. Las atroces luchas entre el lujo y el hambre están grabadas allí sobre ligeros encajes. Se encuentra allí la fisonomía de una reina bajo un turbante de plumas cuya posición recuerda y restablece casi el rostro ausente. ¡Es lo odioso con lo bonito! El látigo de Juvenal, agitado por las manos oficiales de un subastador, desparrama los manguitos pelados, los vestidos ajados de las Mesalinas en la agonía. Es un estercolero de flores, donde brillan, aquí y allí, rosas cortadas ayer, llevadas un día, y en el cual está siempre agachada una vieja, la prima hermana de la usura, la ocasión calva, desdentada, y dispuesta á vender el contenido; tan acostumbrada está á comprar el continente, el vestido sin la mujer ó la mujer sin el vestido. Asia estaba allí, como el sotacómico en el presidio, como un cuervo con el pico ensangrentado

sobre cadáveres, en el seno de su elemento; más horrible que esos salvajes horrores que hacen estremecer á los transeuntes asombrados algunas veces al encontrar uno de sus más jóvenes y frescos recuerdos colgados en la sucia vitrina detrás de la cual hace muecas una verdadera Saint-Esteve retirada.

De regateo en regateo y de diez mil en diez mil francos, el banquero había llegado á ofrecer sesenta mil francos á la señora de Saint-Esteve, la cual le respondió con una negativa llena de muecas capaces de desesperar á un macaco. Después de una noche agitada, después de haber reconocido el desorden que Ester llevaba á sus ideas, después de haber realizado en la Bolsa ganancias inesperadas, fué por fin una mañana con intención de soltar los cien mil francos pedidos por Asia; pero quería sacarle una multitud de informes.

—¿Te decides al fin, gran farsante?—le dijo Asia golpeándole un hombro.

La familiaridad más deshonrosa es el primer impuesto que esas mujeres imponen á las pasiones desenfundadas ó á las miserias que se les confían; nunca se ponen al nivel del cliente; le hacen sentarse á su lado sobre el montón de porquería. Asia, como se ve, obedecía admirablemente á su amo.

—¡Lo vale!—dijo Nucingen.

—Y no eres robado—respondió Asia.—Se han vendido mujeres en más precio del que pagarás tú por esa, relativamente. ¡Hay mujeres y mujeres! De Marsay ha dado por Coralía sesenta mil francos. La que tú quieres costó cien mil francos de primera mano; pero para ti, ves, viejo corrompido, es un negocio de conveniencia.

—Pego ¿dónde está?

—¡Ah! ya la verás. Yo soy como tú: toma y daca. ¡Ah! querido mío, *tu pasión* ha hecho locuras. Esas jóvenes no son nada razonables. La princesa es en este momento lo que nosotros llamamos una hermosa noche...

—Una *hegmosa*...

—¡Ah! ¿vas á hacerte el tonto?... Tiene á Louchard que la persigue. Yo le he prestado cincuenta mil francos...

—Veinticinco, ¿eh?—exclamó el banquero.

—Caramba, veinticinco por cincuenta, es lo mismo—respondió Asia.—Esa mujer, es preciso hacerle justicia, es

la probidad misma. No tenía más que su persona, y me dijo: «Mi pequeña señora Saint-Esteve, me veo perseguida; sólo usted puede salvarme; deme veinte mil francos, y yo le hipoteco en cambio mi corazón...» ¡Oh! tiene un corazón muy bonito... Yo sola sé dónde está. Una indiscreción me costaría mis veinte mil francos... Antes vivía en la calle Taitbout. Antes de irse de allí... (su mobiliario estaba embargado... á causa de las costas... ¡Esos ladrones de alguaciles!... Ya lo sabe usted, que es uno de los más fuertes de la Bolsa). Pues bien, como no es tonta, ha alquilado por dos meses su mobiliario á una inglesa, una mujer soberbia que tenía á ese poquita cosa de... Rubempré por amante, y estaba tan celoso de ella que le hacía pasear por la noche... Pero como van á vender el mobiliario, la inglesa se ha escapado, con tanto más motivo cuanto que era demasiado cara para un hombrecillo como Luciano...

—Usted practica el negocio de la banca—dijo Nucingen.

—Al natural—dijo Asia.—Presto á las mujeres bonitas; y eso produce mucho, pues se descuentan dos valores á la vez.

Asia se entretenía en exagerar el papel de las revendedoras de vestidos, que son muy ásperas, pero más zalameras, más dulces que la malvasía, y que justifican su comercio con razones llenas de hermosos motivos. Asia se mostró como la que ha perdido sus ilusiones, cinco amantes, sus hijos, y se ha dejado además *robar*. Enseñó de cuando en cuando papeletas del Monte de Piedad, para probar las pocas ventajas que tenía su comercio. Se mostró como apurada, empeñada. En fin, estuvo tan cándidamente odiosa, que el barón acabó por creer en el personaje que ella representaba.

—Bueno, si doy los cien mil francos, ¿dónde la *veglé*?—dijo haciendo el gesto de un hombre decidido á todos los sacrificios.

—Padrecito mío, vendrás esta noche, por ejemplo, con tu coche, enfrente del Gimnasio. Es el camino—dijo Asia.

—Te detendrás en la esquina de la calle Sainte-Barbe. Yo estaré allí vigilando, é iremos á encontrar mi hipoteca de cabellos negros... ¡Oh! ¡mi hipoteca tiene unos cabellos hermosos! Cuando se quita la peineta, Ester se encuentra cubierta como por un pabellón. Pero aunque sabes mucho de

números, me parece que eres bastante tonto para lo demás; te aconsejo que escondas bien á la pequeña, pues te la meterán en Santa Pelagia, y luego, al día siguiente, si la encuentran... y... la buscan.

—¿No *queggán vendeg* las letras?—dijo el incorregible cancerbero.

—El alguacil las tiene... pero no tiene mecha. La niña se ha comido un depósito que le reclaman. ¡Ah! diantre, un corazón de veintidós años siempre es algo farsante.

—Bueno, bueno, ya *aggeglagé* yo eso—dijo Nucingen recobrando su aire astuto.—Queda convenido que *segé* su *protectog*.

—¡Eh! gran bestia, es asunto tuyo hacerte amar de ella, y tienes bastantes medios para comprar un símil de amor que valga lo que el verdadero. Yo pongo á la princesa en tus manos; ella se compromete á seguirte, yo no me preocupo de lo demás... Pero está acostumbrada al lujo, á las mayores dilapidaciones. ¡Ah! pequeño mío, es una mujer sin tacha, distinguida. A no ser por eso, ¿le hubiese yo dado quince mil francos?

—Bueno, está dicho—dijo el barón.—Hasta la noche.

El barón volvió á empezar á hacerse el tocado nupcial que se había hecho ya; pero esta vez con la seguridad del éxito. A las nueve, encontró á la horrible mujer en el lugar de la cita y la subió al coche.

—¿Adónde?—le preguntó el barón.

—¿Dónde?—dijo Asia—á la calle de la Perla, al Marais, un sitio de ocasión, pues la perla está en el lodo, pero tú la lavarás.

Llegados allí, la falsa señora Saint-Esteve dijo á Nucingen con horrible sonrisa:

—Daremos algunos pasos á pie, pues no soy tan estúpida para dar la verdadera dirección.

—Piensas en todo—respondió Nucingen.

—Es mi profesión—replicó ella.

Asia condujo á Nucingen á la calle Barbette, á una casa amueblada por un tapicero del barrio, y lo llevó al cuarto piso. Al ver, en una habitación mezquinamente amueblada, á Ester vestida de obrera y trabajando en un bordado, el banquero palideció. Al cabo de un cuarto de hora, durante el cual Asia pareció cuchichear con Ester, apenas si el anciano podía hablar.

—*Señogita*—dijo por fin á la pobre joven,—¿tendrá usted la bondad de *acceptagme* como su *protectog*?

—Es preciso, señor—dijo Ester cuyos ojos dejaron escapar dos gruesas lágrimas que rodaron á lo largo de sus mejillas.

—No *lloge* usted. Voy á *hacegla* la más feliz de las mujeres. Déjese *amag* únicamente *pog* mí, y ya *vegá* usted.

—Pequeña mía, el señor es razonable—dijo Asia;—sabe que tiene setenta años cumplidos, y será muy indulgente. En fin, hermoso ángel mío, es un padre que te he encontrado. Es preciso decirle eso—dijo Asia al oído del banquero sorprendido;—no se caza á las golondrinas tirándoles tiros. Venga por aquí—añadió conduciendo á Nucingen á la pieza vecina.—¿Ya sabe usted lo que hemos convenido, ángel mío?

Nucingen sacó del bolsillo de su levita una cartera y contó los cien mil francos, que Carlos, oculto en un gabinete, esperaba con viva impaciencia, y que la cocinera le llevó.

—He aquí cien mil francos que nuestro hombre coloca en Asia; ahora haremos que coloque también en Europa—dijo Carlos á su confidenta cuando estuvieron en la escalera.

Y desapareció después de haber dado sus instrucciones á la *malayá*, que entró en la habitación donde Ester lloraba á lágrima viva. La niña, al igual que un condenado á muerte, se había forjado una novela de esperanza, y la hora fatal había sonado.

—Queridos hijos míos—dijo Asia,—¿dónde vais á ir?... pues el barón de Nucingen...

Ester miró al célebre banquero dejando escapar un gesto de asombro admirablemente fingido.

—Sí, hija mia, soy el *bagón* de Nucingen.

—El barón de Nucingen no debe, no puede permanecer en una pocilga semejante... Escuchadme... Tu antigua camarera Eugenia...

—¡La Eugenia de la calle Taitbout!—exclamó el barón.

—Sí, la guardiana judicial de los muebles—repuso Asia,—la que alquiló la habitación á la hermosa inglesa...

—¡Ah! comprendo—dijo el barón.

—La antigua camarera de la señora—repuso respetuosamente Asia designando á Ester—les recibirá muy bien esta noche, y nunca se le ocurrirá al alguacil de comercio

ir á buscarla á su antigua habitación, que ha dejado desde hace tres meses.

—¡Pegfectamente! ¡pegfectamente!— exclamó el barón.—*Pog otra pagte, conozco las letras de comeccio, y sé lo que se necesita paga haceglas desapageceg...*

—Tendrá usted en Eugenia un buen vigilante—dijo Asia;—yo fui quien se la proporcioné á la señora.

—La conozco—exclamó el millonario riendo.—Eugenia me *gobó* treinta mil francos.

Ester hizo un gesto de horror tan sincero que habría bastado para que un hombre de corazón le hubiera confiado su fortuna.

—¡Oh! *pog* culpa mía—repuso el barón—dejé de *encontragla* antes.

Y contó el *quid pro quo* á que dió lugar el alquiler de la habitación á una inglesa.

—¿Lo ve usted, señora?—dijo Asia.—Eugenia no le ha dicho nada de eso, ¡la astuta! Pero como la señora está muy acostumbrada á esa joven—dijo al barón,—guárdela.

Asia llamó al barón aparte y le dijo:

—Con quinientos francos al mes que le dé á Eugenia, que se redondea, sabrá usted todo lo que haga la señora; désela por camarera. Eugenia será tanto más de usted, cuanto que ya le ha engañado... Nada liga tanto las mujeres á un hombre como engañarle. Pero sujete por la brida á Eugenia: ¡esa joven lo hace todo por el dinero, es un horror!

—¡Y tú!...

—Yo—dijo Asia—me indemnizo.

Nucingen, aquel hombre tan profundo, tenía una venda en los ojos, y se dejó llevar como un niño. La vista de aquella cándida y adorable Ester enjugándose los ojos y haciendo, con la decencia de una joven virgen, los puntos de su bordado, hacía sentir á aquel anciano enamorado las sensaciones que había experimentado en el bosque de Vincennes: ¡hubiese dado las llaves de su caja! se sentía joven, tenía el corazón lleno de adoración, esperaba que Asia se marchase para ponerse de hinojos ante aquella madona de Rafael. Aquel desarrollo súbito de la infancia en el corazón del cancerbero, de un anciano, es uno de los fenómenos sociales que la fisiología puede explicar fácilmente. Comprimido por el peso de los negocios, ahogado por continuos cálculos, por las preocupaciones perpetuas de la caza de

millones, la adolescencia y sus sublimes ilusiones reaparece, se lanza y florece, como una causa, como un grano olvidado, cuyos efectos, cuyas eflorescencias espléndidas obedecen á la casualidad, á un sol que brota, que luce tardíamente. Empleado á los doce años en la casa Aldrigger de Strasburgo, el barón no había puesto nunca los pies en el mundo de los sentimientos. Por eso permanecía delante de su ídolo oyendo mil frases que chocaban en su cerebro, y no encontrando ninguna en sus labios, obedecía entonces á un deseo brutal en que el hombre de setenta años reaparecía.

—¿*Quiége* usted *venig* á la calle Taitbout?—le dijo.

—Donde usted quiera, señor—respondió Ester levantándose.

—¿Y lo *queggá* usted?—repitió él con embriaguez.—Es usted un ángel bajado del cielo, y á quien amo como si fuese un joven, aunque tengo los cabellos grises.

—¡Ah! ¡ya puede usted decir blancos! pues son de un hermoso color negro para no ser más que grises—dijo Asia.

—¡Vete, *hoggible vendedoga* de *cagne* humana! Tienes tu *dinego*, no babéas más esta *hegmosa flog* de *amog!*—exclamó el banquero vengándose con este salvaje apóstrofe de todas las insolencias que había soportado.

—¡Viejo granuja! ¡me pagarás esa frase!...—dijo Asia amenazando al banquero con un gesto digno de la Halle que le hizo encogerse de hombros.—¡Entre la boca del puchero y la de un *bebedor* hay siempre espacio para una víbora, y tú me encontrarás!—le dijo excitada por el desdén de Nucingen.

Los millonarios cuyo dinero está guardado por la Banca de Francia, cuyos palacios están guardados por una tropa de criados, cuya persona tiene en la calle el refugio de un rápido coche tirado por caballos ingleses, no tienen ninguna desgracia: por eso el barón miró fríamente á Asia, como hombre que acababa de darle cien mil francos. Esta majestad produjo su efecto. Asia ejecutó su retirada murmurando por la escalera y empleando un lenguaje excesivamente revolucionario; ¡hablaba de patíbulo!

—¿Qué le ha dicho usted?...—le preguntó la *virgen del bordado*—es una buena mujer.

—La ha vendido á usted, la ha *gobado*...

—Cuando estamos en la miseria—respondió con un aire

capaz de derretir el corazón de un diplomático,—¿quién tiene dinero y miramientos para nosotras?

—¡Pobre pequeña!—dijo Nucingen—¡no esté ni un momento más aquí!

Nucingen dió el brazo á Ester, la condujo como se encontraba y la puso en su coche con más respeto tal vez del que hubiera tenido para la duquesa de Maufrigneuse.

—Tendrá usted un *hegmoso* coche, el más bonito de *Pagis*—decía Nucingen por el camino.—Tendrá usted todo lo que el lujo tiene de más *encantadog*. Una *geina* no *segá* más *gica* que usted. *Segá gspetada* como una novia de Alemania: la hago á usted libre. No *lloge*... La amo *vegdadegamente*, con *amog pugo*. Cada una de sus lágrimas me destroza el *cogozón*.

—¿Puede uno amar á una mujer comprada?—preguntó con voz deliciosa la pobre joven.

—José fué vendido por sus *hegmanos* á causa de su gentileza. Lo dice la Biblia. *Pog* otra *pagte*, en *Ogiente* se compran las *mujeges* legítimas.

Llegada á la calle Taitbout, Ester no pudo ver, sin sentirse dolorosamente impresionada, el teatro de su dicha. Permaneció en un diván, inmóvil, enjugándose las lágrimas una á una, sin oír ni una palabra de las locuras que le decía el banquero, el cual se arrodilló ante ella. Ester le dejó hacer sin decirle palabra, abandonándole sus manos cuando él se las cogía, pero ignorando, por decirlo así, de qué sexo era la criatura que le calentaba los pies, que Nucingen encontró fríos. Esta escena de lágrimas ardientes derramadas sobre la cabeza del barón, y de pies helados calentados por él, duró desde las doce hasta las dos de la madrugada.

—Eugenia—dijo el barón llamando á Europa,—obtenga usted de su *señoga* que se acueste.

—No—exclamó Ester irguiéndose como un caballo espantado—¡aquí, nunca!

—Mire, señor, conozco á la señora, que es dulce y buena como un cordero—dijo Eugenia al banquero;—únicamente que es preciso no contrariarla y cogerla al sesgo... ¡Ha sido muy desgraciada aquí!... Mire, el mobiliario está muy usado... Déjela que siga sus ideas. Puede que viéndolo todo nuevo en torno de ella esté extrañada, le encontrará á usted mejor de lo que es, y tendrá una dulzura angelical. ¡Oh! la señora no tiene igual, y puede usted alabarse de haber hecho una excelente adquisición: un buen corazón, modales gracioso,

unos, un busto fino, un cutis... ¡Ah!... y graciosa hasta hacer reír á condenados á muerte... La señora es susceptible de querer... ¡Y qué bien sabe vestirse!... Y si es cara, un hombre tiene, según dicen, por lo que da. Aquí todos sus vestidos están embargados, su tocado está atrasado de unos tres meses. Pero, mire, la señora es tan buena, que yo la amo, y eso que es mi ama. Pero, sea usted justo, ¡verse una mujer como ella entre muebles embargados!... ¡Y por quién? por un bribón que la ha engañado... Pobre mujercita, ya no es ella misma.

—*Esteg... Esteg...*—decía el barón—acuéstese usted, ángel mio. ¡Eh! si tiene usted miedo de mí, me *quedagé* en este canapé—exclamó el barón inflamado por el amor más puro al ver que Ester continuaba llorando.

—Bueno—respondió Ester cogiendo una mano al barón y besándose la con un sentimiento de agradecimiento que hizo acudir á los ojos de aquel cancerbero algo así como una lágrima,—se lo agradeceré...

Y escapó á su habitación encerrándose en ella.

—Aquí hay algo inexplicable—se decía Nucingen sentándose en el canapé.—¿Qué *digán* en mi casa?

Se levantó y miró por la ventana.

—Mi coche me está *espegando*... Pronto *segá* de día.

Se paseó por la habitación.

—¿Cómo se *buglagía* de mí la *señoga* de Nucingen si supiese cómo he pasado la noche!

Fué á pegar el oído á la puerta de la habitación al ver que perdía estúpidamente el tiempo.

—¡*Esteg!*

Nadie respondió.

—¡Dios mío! ¡continúa *llogando!*—dijo volviendo á echarse en el canapé.

Unos diez minutos después de salir el sol, el barón de Nucingen, que se había dormido con ese mal sueño adquirido á la fuerza, y en una posición incómoda, sobre un diván, fué despertado por Europa en medio de uno de esos sueños que se tienen entonces y cuyas rápidas complicaciones son uno de los fenómenos insolubles de la fisiología médica.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡señora!—exclamaba—¡señora! ¡los soldados!... los gendarmes, la justicia. Quieren detenerla.

En el momento en que Ester abrió la puerta y se mostró,

mal envuelta en su bata, los pies desnudos dentro de las zapatillas, los cabellos en desorden, hermosa hasta hacer con denar al ángel de Rafael, la puerta del salón vomitó un chorro de lodo humano que rodó, con diez patas, hacia aquella celestial joven en la actitud de un ángel en un cuadro de religión flamenco. Un hombre se adelantó. Contensón, el horrible Contensón, colocó su mano en el hombro de Ester.

—¿Es usted la señorita Ester Van...?—dijo.

De un revés aplicado en la mejilla de Contensón, Europa lo envió á medir tanto mejor la alfombra que necesitaba para acostarse, cuanto que le dió en las piernas ese golpe seco tan conocido de los que practican el arte llamado *de la zapatilla*.

—¡Atrás!—exclamó ella—¡nadie toque á mi señora!

—¡Me ha roto una pierna!—exclamaba Contensón levantándose—me la pagarán...

De la masa de los cinco alguaciles vestidos como alguaciles, que conservaban sus horribles sombreros sobre sus cabezas más horribles aun, y que dejaban ver unas cabezas de madera de caoba surcada de venas donde los ojos brillaban, en que las narices faltaban y en que las bocas hacían muecas, se destacó Louchard, vestido más aseadamente que sus hombres, pero con el sombrero en la cabeza con cara á la vez dulce y risueña.

—Señorita, la detengo—dijo á Ester.—Respecto á usted, hija mía—dijo á Europa,—toda rebelión será castigada y toda resistencia es inútil.

El ruido de los fusiles, cuyas culatas cayeron sobre los ladrillos del comedor y de la antesala, anunciando que el guarda era guardado por la guardia, apoyó aquel discurso.

—¿Y por qué se me detiene?—dijo inocentemente Ester.

—¿Y sus deudas?—respondió Louchard.

—¡Ah! ¿es verdad!—exclamó Ester.—Deje que me vista.

—Desgraciadamente, señorita, es preciso que me asegure de si no tiene usted ningún medio de evadirse de su habitación—dijo Louchard.

Todo aquello se hizo tan rápidamente, que el barón no había tenido tiempo aun de intervenir.

—¡Hola! *bagón* de Nucingen ¿soy *ahoga* una *vendedoga* de *cagne* humana?—exclamó la terrible Asia deslizándose por

entre los alguaciles hasta llegar al diván donde fingió descubrir al banquero.

—¡Malvada!—exclamó Nucingen, que se irguió con toda su majestad financiera.

Y se interpuso entre Ester y Louchard, el cual se quitó el sombrero á un grito de Contensón.

—¡El señor barón de Nucingen!...

A un gesto que hizo Louchard, los alguaciles salieron de la habitación descubriéndose todos respetuosamente. Contensón fué el único que se quedó.

—¿Paga el señor barón?...—preguntó el guardia, que tenía el sombrero en la mano.

—Yo pago, *pego* antes es preciso *sabeg* de qué se trata.

—Trescientos doce mil francos y unos céntimos, gastos liquidados; pero el arresto no está comprendido.

—¡Trescientos mil francos!—exclamó el barón.—Es un *despegtag* demasiado *cago paga* un hombre que ha pasado la noche en un canapé—añadió al oído de Europa.

—¿Es verdaderamente el barón de Nucingen este hombre?—dijo Europa á Louchard, comentando su duda con un gesto que la señorita Dupont, la última graciosa del Teatro Francés, hubiese envidiado.

—Sí, señorita—dijo Louchard.

—Sí—respondió Contensón.

—*Gespondo* de ella—dijo el barón á Louchard;—déjenme *decigle* una palabra.

Ester y su anciano amante entraron en la habitación, á cuya cerradura juzgó Louchard necesario aplicar el oído.

—La amo á usted más que á mi vida, *Esteg*; *pego* ¿*pog* qué *dag* á sus *acreedoges* *dinego* que *estagla* infinitamente *mejog* en el bolsillo de usted? Vaya á la *cácel*. Me creo capaz de *gecobrag* esos cien mil escudos *pog* sesenta mil francos, y así tendrá *doscientos* mil *paga* usted.

—Ese sistema—le gritó Louchard—es inútil. ¡El acreedor no está enamorado de la señorita! ¿Me comprende usted? Y quiere cobrar con tanto mayor motivo, cuanto que sabe que usted está enamorado de ella.

—¡Gran granuja!—dijo Nucingen á Louchard abriendo la puerta é introduciéndole en la habitación—no sabes lo que dices. Si *aggeglas* el asunto, te doy el veinte *pog* ciento.

—Imposible, señor barón.

—¡Cómo! señor, ¿sería usted capaz—dijo Europa interiniendo—de dejar ir á mi señora á la cárcel?... ¿Quieren ustedes mis soldadas, mis economías? tómelas, señora, tengo cuarenta mil francos.

—¡Ah! ¡pobre hija mía!—exclamó Ester—no te conocía—dijo estrechando á Europa entre sus brazos.

Y Europa se puso á llorar.

—Yo pago—dijo lastimosamente el barón sacando una cartera.

Y cogió uno de esos cuadritos de papel impresos que la Banca da á los banqueros, y en los cuales no tienen más que llenar los vacíos con cifras y con letras para hacer billetes pagaderos al portador.

—No se moleste, señor barón—dijo Louchard;—tengo orden de no recibir el pago más que en especies de oro ó de plata. Por usted, me contentaré con billetes de Banco.

—¡*Tu tufo!*—exclamó el barón—enseñeme los títulos.

Contensón presentó tres legajos cubiertos con papel azul, que el barón cogió mirando á Contensón, á quien dijo al oído:

—Hubieses hecho *mejor* negocio *advigiéndomelo* antes.

—¿Sabía yo que estaba usted aquí, señor?—respondió el espía sin preocuparse de que le oyese ó no Louchard.—Ha salido usted perdiendo quitándome su confianza. Le roban á usted—añadió aquel profundo filósofo encogiéndose de hombros.

—Es *verdad*—dijo el barón.—¡Ah! pequeña mía—exclamó al ver las letras de cambio, dirigiéndose á Ester,—jes usted víctima de un famoso granuja!...

—¡Ay de mí! sí—dijo la pobre Ester;—¡pero me amaba mucho!

—Si lo hubiese sabido... habría puesto una oposición entre sus manos.

—Pierde usted la cabeza, señor barón—dijo Louchard.

—Hay un tercer portador.

—Sí—respondió,—hay un tercer *portador*... *Cegizet*, un hombre de oposición.

—Tiene humor en medio de la desgracia—dijo Contensón sonriendo;—hace un *calembour*.

—¿Quiere escribirle el señor barón cuatro letras á su cajero?—dijo Louchard sonriendo—enviaré á Contensón y despediré á toda mi gente. El día adelanta, y todo el mundo sabría...

—Vete, Contensón...—exclamó Nucingen.—Mi *cajero* vive en la esquina de la calle de los *Matuginos* y de la *Aggate*. Ahí tienes cuatro letras, á fin de que vaya á casa de Tillet ó de los *Kelleg*, en el caso de que no *tuviéramos* cien mil escudos, pues nuestro *dinego* está todo en la Banca. Vístase usted, ángel mío, es usted libre—le dijo á Ester.—Las viejas—exclamó mirando á Asia—son más peligrosas que las jóvenes.

—Voy á hacer reir al acreedor—le dijo Asia,—y me dará algo para divertirme hoy. No me guarde usted rencor, señor barón—añadió la vieja haciendo una horrible reverencia.

Louchard cogió los títulos de manos del barón y permaneció solo con él en un salón, adonde llegó, media hora después, el cajero seguido de Contensón. Ester apareció entonces vestida con un traje encantador, aunque improvisado. Cuando los fondos estuvieron contados por Louchard, el barón quiso examinar los títulos; pero Ester se apoderó de ellos con gesto de gata y los puso en su *secretaire*.

—¿Qué da usted para mi gente?—dijo Contensón á Nucingen.

—No habéis tenido muchos *migamientos*—dijo el barón.

—¡Y mi pierna!—exclamó Contensón.

—Louchard, *dagá* usted cien francos á Contensón del *gesto* del billete de mil...

—¡Es una mujer muy hermosa!—decía el cajero al barón de Nucingen al salir de la calle Taitbout—pero le cuesta muy cara al señor barón.

—*Guárdeme* el secreto—dijo el barón, que lo había pedido también á Contensón y á Louchard.

Louchard se fué seguido de Contensón; pero en el bulevar, Asia, que les espía, detuvo al guarda de comercio.

—El ujier y el acreedor están ahí en un coche—les dijo,—tienen sed, *¡y hay abundancia!*

Mientras Louchard contaba las cantidades, Contensón pudo examinar á los clientes. Vió los ojos de Carlos, distinguió la forma de la frente bajo la peluca, y aquella peluca le pareció muy sospechosa; tomó el número del coche, fingiéndose del todo extraño á lo que ocurría; Asia y Europa le intrigaban de un modo atroz. Pensaba que el barón era víctima de gentes excesivamente hábiles, con tanta mayor razón cuanto que Louchard, al reclamar el pago de sus servicios, había empleado una discreción chocante. Por

otra parte, la zancadilla de Europa no le había dado únicamente á Contensón en la tibia.

—¡Es un golpe que huele á Saint-Lazare!— se dijo al levantarse.

Carlos despidió al ujier, le pagó generosamente, y le dijo al del coche pagándole:

—¡A la escalinata del Palais-Royall!

—¡Ah! ¡pillo!— se dijo Contensón, que oyó la orden— ahí hay algo...

Carlos llegó al Palais-Royal con la rapidez del que teme verse perseguido. En seguida atravesó las galerías á su modo y tomó un coche en la plaza del Chateau-d'Eau diciendo:

—Pasaje de la Ópera, del lado de la calle Pinón.

Un cuarto de hora después, entraba en la calle Taitbout, en casa de Ester, que le dijo:

—Aquí tienes las letras fatales.

Carlos tomó los títulos, los examinó, y después fué á quemarlos en el fuego de la cocina.

—¡La jugada ya está hecha!— exclamó mostrando los trescientos diez mil francos hechos un rollo que sacó del bolsillo de la levita.—Esto y los cien mil francos de Asia nos permiten obrar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!— exclamó la pobre Ester.

—Pero, imbécil—dijo el feroz calculador,—sé ostensiblemente la querida de Nucingen, y podrás ver á Luciano, que es amigo de Nucingen; no te prohibo que sientas una pasión por él.

Ester percibió una débil claridad en su vida tenebrosa y respiró.

—Europa, hija mía—dijo Carlos llevando á aquella otra criatura á un ángulo del gabinete donde nadie podía sorprender ni una palabra de aquella conversación,—Europa, estoy contento de ti.

Europa levantó la cabeza y miró á aquel hombre con una expresión que cambió de tal modo su rostro ajado, que el testigo de aquella escena, Asia, que vigilaba á la puerta, se preguntó si el interés por el cual Carlos tenía á Europa podía exceder en profundidad á aquel por el que ella se sentía ligada á él.

—No es eso todo, hija mía. Cuatrocientos mil francos no son nada para mí... Paccard te entregará una factura d

vajilla de plata que asciende á treinta mil francos, y sobre la cual se han recibido cantidades; pero nuestro platero, Biddin, ha hecho gastos. Nuestro mobiliario, embargado por él, será puesto mañana á pública subasta. Vete á ver á Biddin, que vive en la calle del Arbre Sec, y él te dará papeletas del Monte de Piedad por valor de diez mil francos. Ya comprendes: Ester ha encargado vajilla de plata, no la ha pagado, la ha empeñado y será amenazada con una denuncia de estafa. Así pues, será preciso dar treinta mil francos al platero y diez mil al Monte de Piedad para obtener la vajilla. Total: cuarenta y tres mil francos con los gastos. Esta vajilla está aleada, el barón la renovará, y con esto le sacaremos algunos billetes de mil francos... Debéis dos años á la costurera...

—Se le pueden deber seis mil francos—dijo Europa interrumpiéndole.

—Pues bien, si la señora Augusta quiere cobrar y conservar la clientela, tendrá que hacer una factura de treinta mil francos. Lo mismo haremos con la vendedora de modas. El joyero, Samuel Frisch, el judío de la calle Sainte-Avoie, te prestará recibos, *debemos deberle* veinticinco mil francos, y sacaremos seis mil francos de nuestras alhajas del Monte de Piedad. Devolveremos las alhajas al joyero, de las cuales la mitad serán falsas: por eso el barón no debe mirarlas mucho. En fin, debes hacerle *escupir* aun al barón ciento cincuenta mil francos de aquí á ocho días.

—La señora tendrá que ayudarme un poco—dijo Europa; —háblele usted, pues está como atontada y me obliga á desplegar más ingenio que tres autores para una pieza.

—Si Ester se encierra en la gazmoñería, avísame—dijo Carlos.—Nucingen le debe un equipo y caballos, y debe querer escogerlo y comprarlo todo ella misma. Escogeréis al chalán y al cochero donde está Paccard. Tendremos allí admirables caballos, muy caros, que cojearán un mes después, y los cambiaremos.

—Se podrían sacar seis mil francos por medio de un recibo de perfumista—dijo Europa.

—¡Oh!—dijo Carlos levantando la cabeza—vayamos despacio, de concesión en concesión. Nucingen sólo ha pasado el brazo por la máquina, y necesitamos la cabeza. Además de eso, necesito quinientos mil francos.

—Podrá usted obtenerlos—repuso Europa.—La señora

se endulzará para ese gran imbécil por seiscientos mil francos, y le pedirá cuatrocientos mil para amarle.

—Escucha esto, hija mía—dijo Carlos:—el día que cobre los últimos cien mil francos, habrá para ti veinte mil.

—¿Para qué puede servirme eso?—dijo Europa dejando caer los brazos como persona para quien la existencia es imposible.

—Podrás volver á Valenciennes, comprar un hermoso establecimiento y ser una mujer honrada, si quieres; todos los gustos se comprenden. Paccard piensa alguna vez en eso; no tiene ninguna condena encima, ni nada en la conciencia, y podrías conveniros el uno al otro—replicó Carlos.

—¡Volver á Valenciennes! ¿Ya lo ha pensado usted bien, señor?—exclamó Europa asustada.

Nacida en Valenciennes é hija de tejedores muy pobres, Europa fué enviada á los siete años á una hilandería donde la industria moderna abusó de sus fuerzas físicas, lo mismo que el vicio la había depravado antes de tiempo. Corrompida á los doce años, madre á los trece, se vió unida á seres profundamente degradados. A propósito de un asesinato, tuvo que comparecer como testigo ante el tribunal. Vencida á los diez y seis años por un resto de honradez, por el terror que causa la justicia, hizo condenar al acusado, con su testimonio, á veinte años de trabajos forzados. Aquel criminal, uno de esos reincidentes de quienes la justicia toma terribles venganzas, le dijo en plena audiencia á aquella muchacha: «Dentro de diez años, como ahora, Prudencia (Europa se llamaba Prudencia Servien), volveré para *enterrarte*, aunque yo sea *ahorcado*.» El presidente del tribunal trató de tranquilizar á Prudencia Servien, prometiéndole el apoyo, el interés de la justicia; pero la pobre muchacha fué acometida de tan profundo terror, que cayó enferma y permaneció cerca de un año en el hospital. La justicia es un ser de razón representado por una colección de individuos renovados sin cesar, y cuyas buenas intenciones y recuerdos son, como ellos, excesivamente ambulantes. Los estrados, los tribunales no pueden prevenir nada en materia de crímenes; han sido inventados para aceptarlos hechos. Sobre esta base, una policía preventiva sería un beneficio para un país; pero la palabra policía asusta hoy al legislador, que no sabe ya distinguir entre estas palabras: *Gobernar, administrar, hacer leyes*. El legislador tiende á

observarlo todo en el Estado, como si pudiera obrar. El forzado debería pensar siempre en su víctima y vengarse cuando la justicia no pensase ya en uno ni en otro. Prudencia, que comprendió instintivamente, en conjunto si queis, su peligro, dejó Valenciennes y se fué á los diez y siete años á París para esconderse. Tuvo allí cuatro oficios, el mejor de los cuales fué el de comparsa de un teatrillo. Trabajó conocimiento con Paccard, á quien contó sus desgracias. Paccard, el brazo derecho, el séide de Jacobo Collin, habló de Prudencia á su amo; y cuando el maestro tuvo necesidad de una esclava, le dijo á Prudencia: «Si quieres servirme como se debe servir al diablo, te desembarazaré de Durut.» Durut era el forzado, la espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de Prudencia Servien. Sin estos detalles, muchos críticos hubieran encontrado la fidelidad de Europa algo fantástica. Finalmente, nadie hubiera comprendido el golpe teatral que Carlos iba á preparar.

—Sí hija mía, podrás volver á Valenciennes... Toma, lee.

Y le dió el periódico del día anterior mostrándole con el dedo el siguiente artículo: *TOLÓN*.—*Ayer tuvo lugar la ejecución de Juan Francisco Durut... Desde por la mañana, la guarnición, etc.*

Prudencia soltó el periódico; sus piernas se doblaron bajo el peso de su cuerpo; recobraba la vida, porque, según decía, no le había sacado gusto al pan desde la amenaza de Durut.

—Ya lo ves, he cumplido mi palabra. Han sido necesarios cuatro años para hacer caer la cabeza de Durut armándole un lazo. Ahora bien, acaba aquí mi obra, y te encontrarás dueña de un pequeño comercio en tu país, rica con veinte mil francos, y mujer de Paccard, á quien le permito ejercer la virtud como retiro.

Europa volvió á coger el periódico y leyó con ojos ávidos todos los detalles que los periódicos traen de la ejecución de los forzados desde hace veinte años; el espectáculo imponente, el sacerdote que ha convertido siempre al paciente, el viejo criminal que exhorta á sus ex colegas, la artillería asustada, los forzados arrodillados; después las reflexiones vulgares, que no cambian nada el régimen de los presidios, donde bullen diez y ocho mil crímenes.

—Es preciso llevar á Asia á su domicilio—dijo Carlos.

Asia se adelantó sin comprender nada de la pantomima de Europa.